

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

El voto de las balas Guerrero, Michoacán

Las balas siguen sustituyendo a los votos. Ahora ha sido Michoacán, de nuevo. A la violencia de Jungapeo se añadió la de Jacona. Poco antes fue Guerrero. No son los únicos lugares en que la contienda electoral, o sus secuelas, concluyen en tiros y muerte. Tanto como la sangre derramada, estremece el que la sociedad soslaye esos hechos. Cada persona caída por motivos políticos debería provocar reacciones colectivas de rechazo inequívoco, que mostraran una

es tal vez notoria, pero no la única ni la más importante.

Sin entrar en aspectos históricos, como el hecho de que casi todos los países —con la excepción de Suiza— disfrutaron del sistema colonial, tal vez la mayor diferencia entre las naciones europeas y México sea, en el aspecto político, el predominio de los sistemas parlamentarios de gobierno, aun en el caso de Gran Bretaña y Bélgica, en donde los soberanos conservan sus tronos, pero no el poder.

Un presidencialismo como el mexicano está muy lejos de las concepciones políticas europeas, aun en naciones federales como Alemania. Allí el presi-

PLAZA PUBLICA

Viene de la 1

firme determinación de no pagar la democracia con vidas. Pero no. Parece que nada ocurriera. No hay siquiera un registro puntual del número de víctimas, como si no importaran, como si su pérdida hubiese sido fatal, inevitable, o mínima y banal. Algo debe estar podrido en nuestra conciencia, cuando somos meros espectadores de la desgracia ajena.

La disputa por alcaldías y diputaciones en Guerrero y Michoacán no se resolvió ante las urnas. Una peligrosa mezcla de fraude e incultura política, y otros ingredientes acaso más graves, provocaron antes, durante y después del proceso electoral enfrentamientos armados entre miembros del PRI y del PRD, o agresiones arteras contra éstos. El partido oficial no se resigna a perder el papel dominante que fue su modo de ser durante décadas. Trampea, sin rubor y a veces hasta sin cuidado. Y genera reacciones violentas, o las inicia él mismo. La nómina de perredistas muertos es extensa, y

se agranda si se incluye en ella el no escaso número de los cardenistas caídos en el año del florecimiento de esa corriente. Con un cementerio en indeseable pero constante crecimiento, asombra que ese partido siga teniendo miembros y simpatizantes, pues el efecto disuasivo de la muerte adosada a la militancia podría haber causado deserciones en mucho mayor número de las que seguramente ha provocado. Como partido cuya responsabilidad histórica tendría que incluir su propia desarticulación como órgano del Estado, al PRI toca la mayor penalidad en los procesos de descomposición cuyo signo más evidente son los enfrentamientos que culminan con la muerte.

Pero el PRD no está exento de responsabilidades. Ha caído en el peligroso juego cuyas reglas son dictadas por el poder, y que consiste en repeler violencia con violencia. Pero no sólo eso. Tomar alcaldías y, todavía más, establecer ayuntamientos paralelos en una multitud de pequeñas localidades de ambos estados, son acciones de eficacia limitada y ries-

gos incalculables. Sirven como instrumentos de presión, pero su aplicación no puede alargarse, ni aumentarse su intensidad. Pasar del simbolismo de la protesta a la realización de actos propios de la autoridad reconocida, como cobrar impuestos, introduce a sus practicantes en otra lógica, en la que invariablemente salen perdiendo, pues el gobierno no ha perdido su capacidad para ejercer la fuerza legitimada por la formalidad jurídica. Claro que el hartazgo por la imposición inveterada, por el fraude consuetudinario, por la burla permanente se convierte en mal consejero. Pero apelar a la violencia es llamar a los demonios del autoritarismo que mal son contenidos por la sensatez.

El gobernador Genovevo Figueroa es acusado por sus propios correligionarios de practicar en Michoacán una tolerancia absurda. El radicalismo cavernario que se esconde tras esa expresión desearía poder volver a los viejos tiempos, en que toda protesta se ahoga en sangre. Pero ese radicalismo cavernario anda ya estu-

diando cómo remplazar al gobernador interino por alguien más duro. Espera que la dureza engendre mayor violencia, que a su vez trueque en derrota el avance político del cardenismo, capaz ya de gobernar la mitad de los municipios de la entidad. Ese radicalismo cavernario es alimentado peligrosamente, y no combatido como pareciera, por la impaciencia y la rabia mal conducida de los perredistas que no quieren abrirse nuevos plazos y metas en la interminable lucha por el respeto cívico. Palacios municipales en poblaciones donde el PRD no alega haber ganado, están en posesión de miembros de ese partido, lo que hace inexplicable ese proceder. Sus dirigentes tienen que persuadirlos para que dismantelen esos focos de tensión, o deben deslindarse de quienes los han montado, si no tienen capacidad para desmovilizarlos. Y, sobre todo, tienen que repudiar la usurpación de funciones, y el uso de armas que quién sabe quién, con quién sabe qué intenciones —pues obviamente no son las de Cárdenas y de su partido— está poniendo en sus manos.

La Jornada
Miércoles 24/enero/90